

—Don Leonel, no exijais tan pronto esa confesion, y menos en estos momentos de excitacion: idos, por favor, y mañana os contestaré, si venís por la respuesta.

—Pero.....

—Haced por mi amor lo que os digo.

Don Leonel, sin contestar, tomó violentamente su sombrero y salió.

## XXIV.

En que vuelven á aparecer unos antiguos conocidos.

EL marqués de Cerralvo y el visitador Carrillo no avanzaban mucho en la causa que seguian á los fautores del tumulto contra el marqués de Gelvez. Cada dia aparecian nuevas personas complicadas, y cada dia era mas profunda la conviccion de ambos de que nada podia hacerse, por la necesidad en que se estaba de castigar á todos los habitantes de la ciudad, ó de echar un velo sobre aquello.

Cuatro ó cinco infelices á quienes se habian podido probar que tenian parte en el robo del Palacio, habian sido ejecutados; pero estas ejecuciones habian pasado como tantas otras que se hacian constantemente en la ciudad, con ladrones y bandoleros.

Algo mas tenia inquietos los ánimos del virey y visitador: la sombría conspiracion de los criollos, sobre la que á pesar de las denuncias de Don Baltasar de Salmeron, nada se descubria.

Habia rumores de que pronto se volveria el visitador á España, y de que se habia mandado llamar al arzobispo Don Juan Perez de la Cerna á la corte.

Don Baltasar seguía sirviendo al virey, y tenía ya, aunque secretamente, gran valimiento en el Palacio. Don Baltasar había visto salir en libertad á Don Leonel, veía tranquilo al Padre Alfonso, y tenía por cosa cierta que ellos y otros de los conjurados conocían su traición y tarde ó temprano querrian vengarse; y Don Baltasar tenía miedo, y su odio contra los hermanos Salazar era cada día mas grande.

Comunicó sus temores al visitador, y éste le prometió velar por él y además castigar secretamente al que se atreviese á ofenderle; pero esto no era bastante, y Don Baltazar espía en la sombra el momento oportuno para destruir á sus enemigos.

Apenas salía de su casa, y eso solo en las noches que iba á Palacio, pero tenía personas pagadas solo para darle noticias de lo que hacían Don Leonel y el Padre Alfonso. Por este medio supo que Don Leonel había estado de visita en la casa de la viuda de Don Pedro de Mejía.

—Es preciso—pensó—saber á qué va á esa casa. Quizá la viuda, que dicen que es jóven y bella, sea la heredera de Don Pedro, y Salazar intente hacer con ella un buen casamiento; necesito tener en esa casa uno ó dos criados de confianza.

Y aquella misma noche Don Baltasar contaba ya con dos criados de la casa de Doña Catalina, que se le habían vendido en cuerpo y alma.

El viejo se acostó con una alegría diabólica. Los criados le contaron que el jóven permaneció mucho tiempo hablando con la señora, y que salió con grandes señales de contento y de excitación.

—¡Oh, esto es soberbio!—dijo;—quizá por aquí caerá. Preciso será confesar que Don Leonel pensaba menos á

cada vez en Doña Esperanza, y que Garatuza solo, no podía nada contra aquella liga que se iba formando entre la viuda y Don Leonel: declarar al jóven que ella y él eran hermanos, era afianzar mas aquellos vínculos, y Garatuza no estaba conforme en ello.

Todo el día pasó en inútiles averiguaciones; en la noche fué á la casa de Don Leonel, y con poca diferencia se repitió la escena de la mañana. Martin pensó entonces en ocurrir á los consejos de Teodoro y de Don César de Villaclara.

Sin perder tiempo se dirigió á la casa del negro, que le recibió con su habitual condescendencia.

—Vengo á tratar con vos un negocio—dijo Martin.

—Estoy como siempre á vuestras órdenes—contestó el negro.

—Quisiera haceros una consulta, pero desearia que estuviere presente nuestro amigo Don César, que es hombre de ciencia.

—Mas fácilmente no podía cumplirse vuestro deseo, porque Don César vive ahora en mi casa y está ahí.

—¿Está ahí?

—Sí, desde que se abrió el testamento de Mejía, que le hablásteis, abandonó aquella casa; cada día está mas triste y mas pensativo: sin embargo, le llamaremos.

—Si me haceis la gracia.....

El negro salió, y á poco volvió seguido de Don César, que no tenía ya el disfraz del pobre Lázaro, pero que daba señales de estar ó muy enfermo ó muy triste.

—Buenas noches, señor Don César—dijo Martin.

—¿Cómo te va, Martin?—contestó Don César.

—Os veo muy desmejorado.

—Es natural; mi vida ha sido mas de goces que de pa-

decimientos: estoy triste, muy triste; ¿qué puedo ya esperar en la vida?

—Don Pedro ha muerto, y vuestra venganza estará satisfecha.

—No, Martin; tengo tanta amargura en el fondo de mi corazón, que no creo que la muerte de Don Pedro se pueda tener como un castigo: Teodoro vió morir á Doña Blanca de Mejía, la hermana de Don Pedro, que era un ángel y una mártir, y podrá decirnos si hay comparacion entre una y otra muerte; el verdugo ha espirado como si hubiera sido un inocente.

—Es cierto—contestó Teodoro—otra cosa merecia Don Pedro.

—Os queda Don Alonso—dijo Martin.

—Es cierto, pero me he convencido que nada puede el hombre contra la voluntad de Dios, que no es la desgracia el patrimonio de los malvados, y que quizá la felicidad se hizo para los perversos: dejo á Don Alonso que siga la suerte que le depare el cielo.

—Sin embargo—insistió Garatuza—si hubiera en el mundo seres infelices, á quienes fuera preciso defender contra esos mismos perversos, ¿os negaríais á ayudarme?

—Seguramente que no.

—Pues bien, escuchad esta historia y dadme vuestro parecer.

Martin refirió sucintamente todo lo ocurrido con Doña Esperanza, y luego agregó:

—No hay ni modo de saber de esa jóven; ocurrir á la justicia seria lo mismo, porque si yo no he podido averiguar nada, menos podrán los golillas.

—¿Estais seguro de que el golpe fué dispuesto por Don Alonso y por Doña Catalina?—preguntó Don César.

—Juzgadlo vos—contestó Martin.

—La verdad es que aun cuando en el tiempo que viví en la casa no observé nada, creo que ellos deben ser, porque son capaces de todo.

—¿Y vos que conoceis bien la casa, no podeis indicarme un medio para averiguar algo por los criados?

—No; Don Alonso y Doña Catalina son tan reservados, que es indudable que nadie podrá mas que ellos saber nada.

—Pero deben haberse valido de algunas personas para cometer el delito, y con ellas era mas fácil.

—Id á adivinar quiénes serán esas personas; eso equivaldria á saberlo todo.

—¿Qué haremos?

—Me ocurre una idea—dijo Teodoro.

—Veamos.

—Robarnos á Don Alonso y hacerle confesar por medio del tormento.

—No es malo—dijo Don César.

—Pero otra cosa es mejor—dijo Garatuza.

—¿Qué?

—Que la robada sea Doña Catalina.

—Tambien—dijo Don César.

—O los dos—agregó Teodoro.

—Excelente!—exclamó Martin.

—Entonces—dijo el negro—fijémonos: se trata de robarnos á los dos, ó á él, ó á ella, como mejor se pueda, por supuesto lo mas pronto posible.

—Mañana mismo—dijo Martin.

—¿Pero los medios?

—Esta noche meditaremos el negocio, y mañana mismo nos reunimos otra vez.

—¿A qué hora?

—En la mañana y temprano, porque importa; ¿quién sabe lo que estará pasando Doña Esperanza?

—Pues hasta mañana—dijo Don César retirándose á su aposento.

Martin salió y se encaminó á su casa meditando el rapto de Catalina.

Martin no pudo dormir en toda la noche, meditando en sus planes, y muy temprano andaba ya en la calle, y casi sin intencion se encaminó á la casa de Teodoro.

El negro y Don César estaban ya levantados y hablaban en el jardin, por supuesto del mismo negocio.

—Hemos pensado—dijo Don César—si otra cosa mejor no discurrís, que Teodoro, que es el menos conocido de nosotros y el que no puede infundir sospechas, vaya hoy con cualquier pretexto á la casa de Doña Catalina, para explorar el terreno, y buscar algun criado de confianza entre los que yo le indico, que nos ayude, para ver si hoy mismo se da el golpe.

—Paréceme muy bien—contestó Martin;—vos y yo no podríamos entrar en casa de Don Pedro, y Teodoro, además de su natural inteligencia, no infundirá sospechas de ninguna clase.

—Iré—agregó Teodoro—y espero encontraros reunidos aquí á mi vuelta.

—¿A qué horas?—preguntó Martin.

—Supongo que será á las dos de la tarde.

—Muy bien; entonces no hay que perder tiempo.

.....  
La noche misma en que Martin, Don César y Teodoro formaban el plan de robarse á Doña Catalina, en la casa de ésta se discutia sobre la suerte de Esperanza.

—Decidnos ya vuestro plan, señora—decia Don Alonso

de Rivera á la madre de Catalina;—creo que tiempo es ya de que le hayais meditado y de que lo sepamos.

—En verdad que os diré lo mejor que me he imaginado, y que dará sin duda el resultado apetecido.

—Veamos—dijo Catalina.

—Ante todo—continuó la vieja—contestadme con franqueza algunas preguntas. En primer lugar, Don Alonso, y tú, Catalina, me dirás: ¿es cierto que no os teneis amor, pues, amor así, de novios, y que en todo pensais menos en casaros el uno con la otra?

A pesar del cinismo de los dos interpelados, ni ella ni él se atrevian á contestar, y no hacian sino mirarse.

—Vamos, contestad, que me es importante saberlo—insistió la vieja.

—Es cierto—dijo Catalina.

—Es verdad—contestó Don Alonso.

—Así se habla; adelante: pues no teniendo vosotros intencion de casaros—dijo—los dos estais libres para contraer un matrimonio.

—En efecto—dijo Don Alonso.

—Si nos conviene—dijo Catalina.

—Se entiende—replicó la vieja;—un matrimonio de conveniencia y hasta de necesidad para la compañía.

—¿Adónde vamos á parar?

—Paciencia, paciencia; de lo que se trata es de que la herencia de Don Pedro de Mejía no salga de vosotros, y que se divida entre vosotros por partes iguales, conforme á vuestro contrato, ¿es verdad?

—Es verdad.

—Pues bien; si Doña Esperanza casara con Don Alonso, la herencia quedaba entre vosotros y podia dividirse sin obstáculo. ¿Estais de acuerdo?

Catalina y Don Alonso callaron.

—Contestad con franqueza—continuó la vieja.—Don Alonso se lleva un rico caudal y una real moza, y Catalina queda bien puesta y puede casarse el dia que quiera.

—¿Pero consentirá Doña Esperanza?—dijo Don Alonso, comenzando ya á conformarse.

—Eso es cuenta mia—replicó la vieja;—contestadme si estais ó no de acuerdo.

—Estoy.

—Hay que advertir que como ahora la herencia no vendria por Catalina, sino por vos, y ese caso no está previsto por vuestro contrato, no vayais á decir que en ese caso la ganancia no es divisible.

—No me creais capaz de semejante villanía.

—Siempre es bueno estar de acuerdo, que cuenta y razon conservan amistad: ahora ya advertido, cuidado tendreis de no faltar, que sabeis ya de todo lo que yo soy capaz cuando me engañan.

—No habrá nunca necesidad de eso.

—Bien; ahora hablemos del consentimiento de la novia, que aunque es cosa que corre de mi cuenta, quiero arreglarlo con vosotros. ¿Creeis que se resistirá mucho?

—Puede que sí—dijo Catalina.

—¿Le conoces tú algun novio?

—Sí, á Don Leonel de Salazar.

—Apenas de nombre conozco á ese caballero; será uno de tantos Salazares como hay en México. ¿Y le ama mucho? porque eso sí seria obstáculo grande.

—Creo que él no la ama mucho que digamos, porque hoy casi me ha declarado á mí su pasion.

—¡Oh! eso estaria soberbio—dijo la vieja;—si tú consiguieras, dulcificándote algo con él, aun cuando no le quie-

ras, una prueba de que olvidaba á esa muchacha, la cosa se facilitaria mucho.

—Sencilla cosa me pedís.

—Pues con eso y con otros arbitrios de que me valdré yo, es negocio arreglado: ¿cuándo esperas tener esas pruebas?

—Mañana temprano, si lo deseais.

—¿Si lo deseo? no solo lo deseo, sino que lo exijo de tí en bien de todos.

—Pues se hará como decís.

—Ahora os diré mis determinaciones: esa jóven está entregada solo á Guzman.

—Sí, señora—dijo Don Alonso.

—¿Y cuándo vendrá aquí Guzman?

—Mañana temprano, para ver qué decidimos sobre ella: como sabeis, Guzman tiene una casa por uno de los montes inmediatos, adonde habiamos determinado que se llevara á Esperanza, y que allí ó la hacia su querida, que á él bien le gusta, ó la hacia desaparecer de la tierra.

—No era mal pensado; pero probaremos antes este otro medio: como que quizá será vuestra mujer..... ¿Supongo, Don Alonso, que Guzman no le habrá faltado á esa jóven?

—Estoy seguro de su respeto.

—Adelante; pues mañana temprano que venga Guzman; me voy con él: entretanto Catalina arregla lo del novio de Esperanza, y yo enviaré al mismo Guzman algo mas tarde, para saber si hay ya lo que necesito.

—Está bueno—dijo Don Alonso;—pero como la casa está lejos.....

—No importa; Guzman vendrá á caballo: en cuanto á mí, la carroza irá á dejarme hasta cierto lugar, y despues cuando la necesite la enviaré á traer. ¿Esa jóven ha comido algo?

—Nada; no hemos querido que se le dé alimento; la debilidad del cuerpo influye sobre la energía del alma.

—Bien dispuesto, ya es algo avanzado.

—¿Quereis, madre, que cite yo á Don Leonel?

—Eso es cuento tuyo, y las mujeres en nada de amores necesitamos de consejos; cuando preguntamos algo de eso, es solo para buscar votos de aprobacion y para engañarnos á nosotras mismas: tú sabes lo que quiero y me basta. Por ahora me retiro á descansar para levantarme temprano: no olvideis mis prevenciones; al amanecer que enganchen una carroza, y me avisen en cuanto venga Guzman.

—Sí, señora.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

La vieja se retiró á su aposento, y Don Alonso dijo á Doña Catalina:

—Confesad, señora, que no os disgusta el papel que tenéis que representar con Don Leonel.

—Como tampoco á vos el que os toca con la heredera.

—Es cierto.

—Pues he aquí cómo mi madre ha concebido un plan que á todos nos deja contentos.

—¿Y seriais capaz de casaros con Don Leonel?

—Quién sabe! pero hasta ahora me parece que sí.

## XXV.

En donde se verá de todo lo que era capaz la vieja Doña Catalina.

EN una casita aislada al Oriente de la ciudad de México y á orillas del triste lago de Texcoco, estaba encerrada desde el dia en que la robaron, Doña Esperanza de Carbajal.

La casita constaba solo de dos piezas: una interior, que era la que servia de prision á Doña Esperanza, y que tenia una ventana con una fuerte reja para la calle y una puerta para la pieza siguiente, que servia de habitacion á Guzman, guardia y carcelero de la jóven.

En la pieza de Esperanza habia un banco de cama viejo sin colchon ni abrigo, y una silla desvencijada. La ventana estaba abierta, y desde allí se distinguia la tranquila superficie del lago, que atravesaban á lo lejos las canoas que de la ciudad iban para Texcoco.

Esperanza permanecia arrimada á aquella ventana mirando el lago y el cielo, y con la ilusion de que alguien